



los platos vacios de Guatemala



“ La tasa de desnutrición crónica en este país es la más alta de Latinoamérica y la sexta del mundo. ”

Los huracanes Eta y Iota empeoraron las condiciones en las zonas afectadas del Corredor Seco, dejando a miles de niños en la cuerda floja.

Teresa Raymundo no recuerda la última vez que comió pollo. Ni ella, ni sus cinco hijos. “Creo que hace como un mes”, adivina. ¿Y carne? “Uy, no, mucho menos”. El menú –cuando lo hay– se repite mañana y noche: tortillas de maíz y sal. “A veces, frijoles y otras solo arroz desabrío”, lamenta. Desde que la pandemia azotó Chiquimula, al oriente de

Guatemala, las familias que ya pasaban hambre se asomaron al abismo.

Los huracanes Eta y Iota se cebaron, además, con esta zona y pusieron a prueba la resiliencia de toda una generación de madres. En este infortunado departamento, el 38% de los niños padece desnutrición crónica, un retraso en el crecimiento de un menor a raíz de la inseguridad alimentaria. Dentro de ese porcentaje están los gemelos Raymundo, de dos años, para los que hasta sonreír es un esfuerzo.

Ambos pisan con torpeza y se esconden de los visitantes. Miran con recelo y con un cansancio impropio en su edad. Dice su madre que apenas juegan, que “se mantienen quietitos”. El hambre es la explicación. Los cinco primeros años de un niño son importantes, pero los dos primeros son clave; predicen el futuro. “Son primordiales para el desarrollo motor, cognitivo y físico”, explica Ana Lucía Salazar, oficial de nutrición de Oxfam en terreno. “Si un niño no mide y pesa lo que debe en esta etapa, se verá condicionado el resto de su vida adulta; tardará más en aprender a leer y escribir, los órganos se les formarán más tarde... tienen tan poca energía que apenas se ríen y las tareas más simples se les hace cuesta arriba”. Por eso, a esta enfermedad se la conoce como “la cadena perpetua”.



Esta dolencia la arrastran en Guatemala uno de cada dos niños; el 46,5% según la última Encuesta Nacional Materno Infantil, del 2014-2015. Una situación que, de acuerdo a los expertos, ha empeorado los últimos dos años por la pandemia y los huracanes Eta y Iota, que azotaron Centroamérica en noviembre. El país del quetzal ya cargaba con título de ser el sexto país con mayores tasas de desnutrición del mundo y el primero en Latinoamérica. “Tenemos las cifras del hambre de un país en guerra, sin estarlo”, dice Abelardo Villafuerte Villeda, delegado de Chiquimula, uno de los departamentos históricamente más afectados, con una tasa actualizada en el último trimestre del año del 38% de desnutrición crónica.

Al menos 515 niños padecen desnutrición aguda, una variable aún más crítica que se mide en función del peso y que afectaba a 15.395 niños en todo el país en 2019 y aumentó a 27.913 en 2020. “Aunque estemos por debajo de la media nacional, son cifras altísimas. Pero falta mucha voluntad política para atajar este problema”, critica por teléfono.

Si un niño no mide y pesa lo que debe en los primeros dos años, se verá condicionado en el resto de su vida adulta.





“Y esto solo va a empeorar”, zanja María Claudia Santizo, oficial de nutrición de Unicef en Guatemala, “no hay forma de que mejore con las pérdidas de medios de vida que se produjeron en el 2020”. Santizo también incide en que las cifras solo disminuyen con líderes políticos comprometidos. “Las ganas se tienen que traducir en presupuestos. La desnutrición está en el plano prioritario del Gobierno desde 2005. En los últimos tres gobiernos desde entonces, se han presentado estrategias para abordarla, pero a la hora de la verdad no hay fondos, ni insumos ni recursos humanos que lleguen a las zonas rurales. Y hay una enorme brecha ahí, una que crece y crece”, explica mediante una videollamada.

La sombra del Corredor Seco

La brecha no es solo nacional. Los datos del hambre y sus consecuencias son una enorme sombra que nubla el Corredor Seco, una zona que engloba varios países centroamericanos muy propensos a las sequías. Aquí las cifras de pobreza extrema se disparan. Un reciente estudio elaborado por el Consorcio de Organizaciones Humanitarias alerta de que 102.436 familias (86% de las encuestadas) viven en inseguridad alimentaria. El desagregado por países indica que Guatemala y Nicaragua son las naciones con más hogares que padecen hambre, cada una con 31% de los casos registrados, les siguen Honduras, con el 25% y El Salvador con el 12%, aproximadamente. Los ciclones están detrás de esas empeoradas estadísticas. De acuerdo con estimaciones de Unicef, perjudicaron a 4,6 millones de personas en Centroamérica. Los huracanes fueron, literalmente, la lluvia que cayó sobre mojado.

